

El “radar” en un grupo terapéutico

LEÓN GRINBERG y ALEJO DELLAROSSA
BUENOS AIRES

Está fuera de los propósitos y alcances del presente trabajo el entrar a considerar en detalle los distintos aspectos dinámicos y estructurales de un grupo psicológico. Queremos tan sólo remarcar que los conceptos psicoanalíticos básicos referentes a la naturaleza y contenido de los conflictos inconscientes del individuo, a sus mecanismos de defensa con sus particulares formas reactivas y a la vehiculización de los mismos, a través de la transferencia, se encuentran igualmente en el nuevo escenario de la psicoterapia analítica de grupos. Pero aparecen con modalidades expresivas diferentes debido a que surgen en una situación distinta: la situación de grupo.

Creemos que es importante ubicarnos en este nuevo marco de la terapia colectiva con plena conciencia de que se trata precisamente de algo nuevo, es decir diferente, para no caer en una apreciación tendiente a magnificar las analogías con lo ya conocido, minimizando las diferencias hasta el punto, en algunos casos, de pretender negarlas casi del todo.

No puede afirmarse, por lo tanto, que el grupo sea la resultante de la suma de las individualidades que lo componen. El fenómeno psicológico colectivo es, *en su esencia*, cualitativamente diferente. Las características individuales suelen desaparecer en gran parte en el seno del grupo, para dar lugar a la aparición de otras propiedades nuevas, distintas, independientes de las anteriores, aunque sigan conservando con aquellas una relación genética común. Se podría comparar dicho proceso, con el de *una* combinación

· Newcomb, Theodore M.: “Social Psychology”. *Tavistock Publications Ltd.* Ed. 1955, pág. 270-287.

química cuyo resultado es una sustancia distinta en sus propiedades, a los elementos que intervinieron en la combinación.

Precisamente uno de los aspectos diferenciales de mayor trascendencia y significado, es el de la aparición de roles o funciones existentes en todo grupo psicológico o social. Es en base al análisis de su sentido e influencia en el juego de interrelaciones en el grupo, que opera uno de los mecanismos terapéuticos más esenciales en el tratamiento colectivo.

Theodore M. Newcomb (1) sostiene que las estructuras de todas las sociedades, aún las más pequeñas (el grupo terapéutico por ej.) son tan intrincadas que suelen compararse a complejos mecanismos biológicos o complicadas maquinarias; y que para la mejor comprensión de dichas estructuras se debe tener presente, desde el punto de vista socio - psicológico, que toda sociedad está organizada en términos de las *posiciones existente y ocupables* por sus integrantes. Afirma, además, que cada posición reconocida por los miembros de un grupo, contribuye, en alguna forma a los propósitos de dicho grupo; y esta contribución, representa *su posición*.

Desde cierto punto de vista, señala, las sociedades y lo-grupos organizados son estructuras de posiciones organizadas para alcanzar ciertos objetivos y que ninguna posición tiene un significado aparte o separado de las demás funciones con las que está relacionada. La posición de la madre, por ej., no puede existir sin la del hijo, etc.

Señala luego que la forma de comportamiento que se espera de cada individuo que ocupa una cierta posición, constituye el *rol*. Cita finalmente a Linton para quien el rol es la suma total de los patrones culturales asociados en un “status particular” (el término status lo usa en el sentido de posición), representando el aspecto dinámico del status. El rol incluye, según él, las actitudes, los valores y la conducta adscripta por la sociedad a cada uno y a todas las personas que ocupan el status.

Cada rol dentro de un grupo configura una *función* distinta en un sentido sociológico y al mismo tiempo satisface motivos individuales en un sentido psicológico.

Concluye diciendo que el trabajo común del grupo configura un sistema en que cada parte o rol se encuentra dependiendo, en cierto modo, de los demás; un cambio producido en una de las partes que repercute necesariamente en las demás modificando todo el sistema.

Nos ha parecido útil resumir previamente algunos conceptos sociológicos de las posiciones y funciones sociales, porque permite aproximarnos con más claridad a lo que sucede en el seno de un grupo psicológico.

Quien haya tenido cierta experiencia en la labor psicoterápica colectiva habrá comprobado el surgimiento casi automático de roles específicos entre los diversos integrantes del grupo apenas se constituye éste.

Ezriel (¹) que ha sido uno de los analistas que se ocuparon más extensamente de los problemas técnicos de la psicoterapia colectiva, sostiene que cuando varias personas se encuentran en un grupo, cada miembro proyecta sus objetos de la fantasía inconsciente sobre varios otros miembros del grupo, intentando manejarlos en consecuencia. Cada miembro habrá de permanecer en el rol que se le ha asignado, si es que coincide con su propia fantasía inconsciente. De otro modo procurará orientar la discusión hasta que el grupo real se adapte a su fantasía de grupo. El resultado será el de un pronto establecimiento de un “común denominador” de las tensiones inconscientes presentes en los integrantes del grupo.

Pasaremos a ocuparnos, a continuación, del estudio de uno de los roles importantes, a nuestro juicio, en el grupo, de aparición frecuente o casi constante, aunque no siempre en forma manifiesta.

¹ Henry Ezriel: “Una aproximación psicoanalítica al tratamiento de grupo”- British Journal of Medical Psychology, 29: 59 - 74.

Se trata una función cuya característica es la capacidad, especialmente desarrollada, de poner de manifiesto ciertos procesos que al ser rechazados por la índole de sus contenidos, pasarían desapercibidos en las circunstancias habituales.

Es decir que, así como en el individuo existe el mecanismo de la represión que mantiene alejados de la conciencia, todas aquellas tendencias que pueden entrar en conflicto con las instancias superyoicas, también en el grupo actúa una represión colectiva, aunque de un grado y calidad diferentes, que procura rechazar todo aquello que proviene de los impulsos profunda del grupo o de algunas de sus partes y que podría provocar conflictos serios en su seno. Dicha represión no siempre es exitosa, y el resultado será un estado de tensión creciente que amenaza al grupo, hasta que no se conciencien y resuelvan las causas que lo originan. Y es precisamente cuando entra en actividad dicha función, consistente en captar y poner en evidencia de una otra manera, la situación profunda y específica que produjo estado de tensión y de alarma en el grupo, aunque estén enmascarados por una aparente tranquilidad o placidez.

Esta función especial se encuentra desempeñada por uno de los integrantes del grupo a quien denominamos entonces el “radar” o el detector, y que no tiene que ser necesariamente siempre el mismo. Más aún, parecería que, así como ocurre con las demás funciones, se hubiera establecido un convenio tácito de desempeñarla uno u otro, pero con el objetivo especial de no dejarla nunca vacante, debido a su importancia y significado esenciales para las necesidades del grupo. Hemos podido comprobar que suele ser ejercida por la persona más regresiva del grupo, o por aquella que, por diversas circunstancias se encuentra momentáneamente en situación regresiva.

Aunque pudiera resultar obvio, nos parece importante recalcar que dicha función, como otras, se cumple predominantemente en forma inconsciente y

por lo mismo, no siempre se expresa por medio de la verbalización. Así, pues, puede ocurrir: que el “radar” manifieste lo que ha detectado a través de una actitud, un estado afectivo, un gesto, un síntoma o el relato de un sueño.

En ocasiones, el “radar” cumple su cometido anticipándose a la situación de tensión, como si procurara advertir el futuro estallido de la misma y de este modo, contrarrestarla. Cuando esto ocurre queda ratificada, en grado sumo, la habilidad selectiva y aguda para detectar un conflicto latente que había sido imperceptible para la recepción común o sentidos comunes de grupo.

No siempre lo captado por el “radar”, y expresado por algunas de las formas descritas, resulta inteligible para los demás, e incluso para él mismo, ya que, insistimos, se trata de un proceso inconsciente en su mayor grado. Requiere, a menudo, que su información sea traducida o interpretada para ser correctamente comprendida. Suele ocurrir que el rol de intérprete surja simultáneamente en otro de los integrantes del grupo que, de esta manera, pasa a convertirse en un complemento útil del “radar”. Pero cuando esto no sucede, el terapeuta deberá estar atento para comprender, interpretar y transmitir el mensaje del “radar” al resto del grupo y conseguir así, como en toda interpretación eficaz y operante, el alivio o la resolución de la situación urgente y conflictiva. Incluso, muy frecuentemente, le resulta de enorme valor al propio terapeuta, por facilitarle su tarea y acercarlo más *rápidamente*, a la comprensión profunda del fenómeno planteado y registrado.

El “radar” representa, pues, la parte del grupo que se encuentra más cerca de los procesos inconscientes. Si lo comparamos con lo que sucede en el individuo, diríamos que resulta equiparable con la parte del yo más impregnada de lo afectivo y menos sometida a las fuerzas represivas. Es la parte del yo que se deja visitar más fácilmente por los contenidos del Ello (inconsciente) y la que produce la fantasía y el sueño.

Consideramos que esta última equiparación puede resultar particularmente feliz. Con cierta licencia, nos atreveríamos a presentar al “radar” como si fuera el “sueño” personificado del grupo. El mensaje que nos trae, a igual que el sueño, puede estar enmascarado o encubierto a veces; de ahí la tarea de descifrarlo para incorporar su contenido latente en su verdadero sentido. En otras ocasiones, la función “radar” se cumple a través del proceso de somatización, encontrándose así expresado, en el síntoma somático del “radar”, y en forma condensada, el contenido del conflicto que aqueja a todo el grupo, como veremos en el siguiente material clínico ilustrativo.

A raíz de haberse planteado el ingreso de nuevos miembros en un grupo terapéutico, surgió una reacción especial, más o menos encubierta, y que pudo ser detectada por el “radar” del grupo.

Es conocido que una de las características más definidas de un grupo es la de la intensidad con que defiende sus ámbitos, vale decir la fuerza con que se opone al ingreso de nuevos integrantes. Esto ocurre cualquiera que sea la naturaleza del grupo y aun en los grupos animales, lo cual está confirmado por Kohler ⁽¹⁾ cuyos chimpancés estuvieron a punto de matar a un animal nuevo cuando fue incorporado en un grupo. Hubo observaciones similares en gallineros» etc. Otro claro ejemplo de lo mismo es el de los ritos de iniciación o de bautismo, precio que se hace pagar al novato que entra a formar parte de una comunidad.

El grupo al que nos referimos, constituido exclusivamente por mujeres, había tratado, en sesiones previas, la posibilidad de la inclusión de dos nuevos miembros, decidiendo finalmente su aceptación con aparente beneplácito general.

En este clima ingresaron en la sesión siguiente dos mujeres más. Las dos nuevas integrantes reaccionaron con sorpresa al enterarse de que no era la

¹ Citado por K. Koffka: “Principios de Psicología, de la forma.” Ed. Paidós. Buenos Aires, p. 752.

primera sesión para todas, e inmediatamente manifestaron sentirse algo incómodas, adoptando una actitud cautelosa y pasiva; dijeron: “que estaban desprevenidas y que no querían apartar a las demás del tema que las ocupara hasta entonces”. La sesión se desarrolló en su mayor parte, con exteriorizaciones de cordialidad y estímulo por parte de las personas antiguas del grupo que expresaban su: “alegría de que haya gente nueva; la simpatía inmediata hacia ellas. . . Que son bien recibidas. . . Que no vienen a interrumpir como ellas creían... Que no se preocuparan de las dificultades para plantear problemas que ya el doctor se encargaría de desenterrarlos...”, etc.

En esta parte de la sesión se estuvo manifestando el esfuerzo por acrecentar una tendencia positiva, de unión, a través de la actitud que podríamos denominar de “comité de recepción”, quedando oculto, latente, el componente agresivo que sólo se había infiltrado en algunas expresiones: “Ud. (dirigiéndose al terapeuta) descanse hoy..., deje que nosotros nos encargaremos de ellas. . . No quisiera estar en el pellejo de las señoritas. . . Ya les va a desenterrar las cosas el doctor. . .”

A esta altura el terapeuta llama la atención sobre el silencio que había guardado todo el tiempo una de las integrantes del grupo antiguo, personalidad esquizoide, cuya característica era la de asombrar al grupo con sus intervenciones extemporáneas solía presentar síntomas físicos que, en cierta forma, constituían su lenguaje.

La paciente refirió entonces que al llegar sintió un fuerte dolor de vientre y que en el mismo instante de entrar al consultorio tuvo el pensamiento siguiente: “justo nos llama el doctor ahora que tenía necesidad de ir al baño” y que, en ese momento, volvía a sentirse molesta.

El terapeuta interpretó su necesidad de evacuar, como si se tratara de una mala comida, a la gente nueva que le había caído como “piedra” en el

estómago, representando así la reacción más profunda del grupo; y que su silencio se debía al deseo de evitar romper el “comité de recepción”.

De este modo el “radar” detectó a través de su síntoma, lo que los demás estaban tratando de encubrir.

La sesión siguiente se inició con el planteo del problema del egoísmo. Concurrir al grupo podía significar un dedicarse exclusivo a sí mismos desentendiéndose de los problemas de los demás; y que el hablar, dentro del grupo, aunque aparentemente podía interpretarse como entregar u ofrecer cosas, encubría el deseo de tener a todos los otros miembros pendientes de los propios problemas, es decir “chupar” a los demás, monopolizando su atención. En un momento dado la señora E., miembro antiguo del grupo, que en diversas oportunidades personificó la ambivalencia del mismo, expresó que las recién llegadas parecían conocerse mucho a sí mismas y que si ella se hubiera conocido tan bien no habría tenido necesidad de venir al grupo. Y dirigiéndose a una de las nuevas la interrogó enfáticamente: “No se anima a resolver sus problemas sola?”.

Se suscitó entonces un intercambio de opiniones entre las distintas participantes, llegando finalmente a un acuerdo acerca de la conveniencia y necesidad de que hubiese acercamiento y cordialidad en la relación con la gente. Por otra parte admitían que, a veces, era preferible ignorar los problemas, por la dificultad de resolverlos. A esta altura, y en forma aparentemente desvinculada del contexto general, terea el “radar” expresando: Por haber comprendido al ser humano como lo comprendo, estoy así: sufro una melancolía terrible; ha habido en mi casa una pelea con una vecina, insultos. . . algo terrible”.

Ponía en evidencia, de este modo, ubicándolo en primer plano, el conflicto latente surgido entre las integrantes que habían dialogado y, por extensión, entre la parte nueva y antigua del grupo.

Luego de un silencio embarazoso y relativamente prolongado se intentó derivar la conversación hacia tópicos de menor importancia, hasta que la persona nueva que había intervenido en el diálogo anterior, en forma casi compulsiva manifestó que ella era considerada “intratable” de la familia. Con ello confirmaba el significado preciso que había tenido el síntoma digestivo de; “radar” en la sesión anterior y que fuera interpretado como la expresión somática del rechazo que había provocado la gente nueva en el grupo, por su característica de “intragable”.

La agresión latente que se había estado controlando durante todo el tiempo, era equivalente a la eliminación o muerte de uno de los dos subgrupos, quedando el otro sobreviviente con melancolía por la culpa de haber deseado profundamente su desaparición.

Poco antes de finalizar la sesión la señora E. y la que se había presentado como “intragable”, líderes respectivos de los dos subgrupos, se quejaron de que el terapeuta con sus interpretaciones provocaba el antagonismo para que se enojaran entre ellas, pero que no estaban dispuestas a “entrar por esa variante” Eso dio lugar a otra intervención del “radar” quien expresó: “Las cosas de uno se desplazan al otro; hay cosas que no se pueden tolerar”.

La tendencia agresiva y desintegradora que no pudieron tolerar en sí mismas, la desplazaron ubicándola en el terapeuta, lo que les permitió finalmente unirse en la causa común contra él “El radar” había cumplido una vez más su función detectora.

RESUMEN

El “radar” en un grupo terapéutico.

En el trabajo se presentan, suscintamente, las características psicodinámicas del grupo terapéutico.

Se señala que el fenómeno psicológico colectivo es, en esencia, cualitativamente diferente al proceso psicoterapéutico individual, siendo uno de sus principales aspectos diferenciales la característica de los miembros de un grupo de desempeñar roles y funciones. La observación y estudio de esta particularidad llevó los autores a descubrir una determinada función de especial interés por la importancia que tiene para el grupo y la utilidad que su conocimiento y ulterior manejo reportan al terapeuta.

Así como sucede en el individuo, en el grupo también existen tendencias que son colectivamente reprimidas, represión no siempre exitosa que lleva a situaciones de creciente tensión; es especialmente en estas situaciones cuando aparece en el grupo la “función”, motivo de la presente comunicación. Dicho rol desempeñado por uno de los miembros del grupo, a quien se ha llamado “radar” por su “función detectora”, consiste en poner de manifiesto los conflictos profundos que provocan el estado de tensión. La función “radar” puede estar a cargo sucesivamente de distintos miembros del grupo, o repetidamente de uno solo como ocurre en las sesiones del grupo que se incluyen en el presente trabajo, para facilitar su comprensión.

Se recalca que dicha función, como otras, se cumple predominantemente en forma inconsciente y por lo mismo, no siempre se expresa por medio de la verbalización. Así pues, puede ocurrir que el “radar” manifieste lo que ha detectado a través de una actitud, un estado afectivo, un gesto, un síntoma, o el relato de un sueño.

No siempre lo captado por el “radar”, y expresado por algunas de las formas descritas, resulta inteligible para los demás, e incluso para él mismo; requiere a menudo que su información sea interpretada, para ser correctamente comprendida.

SUMMARY

The “radar” in a therapeutic group.

This study presents, briefly, the psycho - dynamic characteristics of the therapeutic group.

It is pointed out that the collective psychological phenomenon is, in essence, qualitatively different from the individual psycho - therapeutic process, one of its principal aspects of differentiation being the characteristic that the members of a group fulfill roles and functions. The observation and study of this Particularity led the authors to discover a certain function of special interest because of the importance it has for the group and the utility of its knowledge and subsequent manipulation in the therapy.

As it occurs in the individual, in the group, too, tendencies exist which are collectively repressed, which repression is not always successful and leads to situations of growing tension. It is especially in these situations that the “function” which is the motive of the present communication appears. The said role, played by one of the members of the group, who has been called the “radar” because of his “detective function”, consists in exposing the deep conflicts which provoke this state of tension. The “radar” function may be fulfilled by different members of the group, successively, or repeatedly by one alone as it occurs in the sessions of the group which are covered by the present study, in order to facilitate its understanding.

It is pointed out that this function, like others, is accomplished predominantly in an unconscious manner, and for this reason, is not always expressed through the means of verbalization. It may therefore happen that the “radar” shows what he has detected through an attitude, an affective state, a gesture, a symptom, or the relating of a dream.

That which is detected by the “radar” and expressed in some of the ways described, is not always intelligible to the rest, nor even to himself; it is often necessary to interpret his information for it to be correctly understood.

